

rey, á quien no se puede negar cierta grandeza, le coloca por encima de Mazarino y de Richelieu; no porque la política de la paz valga más que la de la conquista; pero, dice Federico, el ministro de Luis XV supo adquirirse una reputación de justicia y de moderación que le atrajo la confianza de los hombres, y empleó su reputación en calmar la envidia de los vecinos de la Francia, mientras trabajaba en silencio por su engrandecimiento (1). Según esto, el cardenal sería el Maquiavelo de la paz. Creemos que no merece ni este honor ni esta indignidad. Anciano cuando llegó al poder, no tenía ya, suponiendo que lo hubiese tenido alguna vez, afición á las grandes empresas. Conocía que la Francia tenía necesidad de la paz, se la dió; pero no era la paz benéfica, llena de fecunda actividad, sino la paz tal cual los viejos la desean, el reposo, la inacción, la ausencia de todo movimiento; semejante paz se parecía á la decrepitud. Además, Fleury no tuvo fuerza para conservarla. Él también fué puesto á prueba, y lo mismo que Walpole, no permaneció fiel á su política pacífica.

El 10 de Octubre de 1733 Luis XV declaró la guerra al emperador. ¿Por qué tomó la iniciativa el cardenal ministro en una ruptura que podía abrasar á la Europa? No era la nación quien pedía la guerra, sino un partido de la corte; ¿y cuáles eran los motivos de aquellos cortesanos guerreros? El manifiesto y las memorias de aquella época nos los dan á conocer. Después de la muerte de Augusto, rey de Polonia, los Polacos, bajo la influencia de la Francia, habían elegido á Estanislao, el suegro de Luis XV. Jamás había hecho ningún rey de Francia un matrimonio tan pobre. Estanislao vivía en Chambord á expensas de su yerno. Se expuso á Luis XV que, para un príncipe que tenía el honor de ser el padre de la reina, aquella posición no era honrosa: Estanislao debía ser por lo ménos rey electivo. Pero la Rusia y el Austria tenían otros proyectos; sin preocuparse por las amenazas de la Francia, que no eran tomadas en serio, impusieron á la Polonia un candidato á su gusto. Con este motivo se declaró la guerra. No se trata más que del insulto hecho por el emperador al suegro de

(1) FEDERICO II, *Consideraciones sobre el estado presente de la Europa* (Obras, t. VIII, p. 8).

Luis XV: « Aquella injuria tocaba demasiado de cerca al honor de Su Majestad y á la gloria de su corona, para no emplear la fuerza que Dios le había concedido en tomar una justa venganza. » Fleury creyó deber, para sostener su carácter pacífico, publicar los *Motivos*, en los que explicaba la resolución tan inesperada que había tomado. Invoca también la *dignidad de la corona* y el *honor del rey*; añade, para lisonjear la vanidad nacional, la gloria de la nación francesa, que ha defendido siempre á los oprimidos (1). ¡Hé aquí las razones que decidieron á un ministro, pacífico por excelencia, á empezar la guerra! En el siglo XVIII se encontraba esto muy justo. Cuando un filósofo censuró á Luis XV por no haber emprendido más que guerras injustas, Federico II acusó á aquel temerario escritor de *descaro é impudencia*: « ¿Se condenará á un yerno que socorre á su suegro, á un rey que sostiene los derechos de una nación libre en sus elecciones, á un príncipe que impide á las potencias el abrogarse el derecho de dar reinos? » (2). Federico olvida que, según él, los reyes son los ministros de los pueblos. ¿Y qué importaba á la Francia que el padre de la reina llevase una corona? Indudablemente, si las naciones fuesen solidarias como deberían serlo, la Europa hubiera debido levantarse contra la violencia que la Rusia y el Austria hacían á la Polonia. Pero la libertad polaca no era más que una frase de manifiesto: la corte de Luis XV se preocupaba muy poco de ella, y ménos aún la nación. No quedaba, pues, como *motivo* de la guerra, más que la injuria hecha á Luis XV por la exclusión de Estanislao. ¡Y por semejante futilidad declara la guerra un ministro pacífico!

Se dice, y nosotros lo creemos de buen grado, que la guerra fué escamoteada al cardenal. La hizo, pues, á pesar suyo, como más tarde su amigo Walpole. Prueba de que, si él deseaba la paz, no comprendía cuál era su deber. Para desarmar la envidia inglesa, Fleury tuvo cuidado de protestar en su manifiesto « que no era por motivos de *interés* por lo que Luis XV tomaba las armas; que el rey se contentaba con poseer un reino floreciente y reinar so-

(1) RICHELIEU, *Memorias*, t. V, p. 325. — ROUSSET, *Recopilación de actas*, t. IX, p. 279 y sig.

(2) FEDERICO II, *Exámen del ensayo sobre las preocupaciones* (del barón de HOLBACH), *Obras*, t. IX, p. 144.

bre un pueblo fiel.» Estas protestas no impidieron al cardenal anexionar á la Francia la Lorena, una de sus más bellas provincias. Sin duda este resultado de la política de Fleury es lo que admiraba Federico II como una obra maestra. ¿No suponía al anciano ministro una prevision y una ambicion de que carecía? Además, no debe juzgarse de ningun sistema político por el éxito. Algunos años más tarde se renovó la prueba, y el cardenal se dejó escamotear nuevamente la guerra. Esta vez no se invocarán seguramente los brillantes resultados como una justificacion; la guerra de sucesion fué una de las más desastrosas que ha sostenido la Francia. No echarémos en cara estas desgracias á Fleury. Hay una acusacion más grave que dirigir contra su memoria, y es que dos veces prestó su nombre á guerras que desaprobaba: la primera vez, el motivo confesado era una necedad; la segunda, violó los compromisos que habia firmado en la paz de 1738. Como precio de la Lorena, consintió en garantizar la pragmática sancion de Carlos VI. Dos años despues se puso á la cabeza de una coaliccion para despojar á la jóven heredera del último Hasburgo. Así, pues, la política de la paz condujo, lo mismo en Francia que en Inglaterra, á la más inicua de las guerras; fué tan inmoral como la política de invasion. Es que Fleury y Walpole, como todo el siglo XVIII, no conocian más que el interes, y el derecho solamente es quien puede fundar la verdadera paz, respetando la libertad y la independencia de los pueblos.

## II.

La guerra de Polonia dió un solemne mentís á los manifiestos del cardenal; la emprendió por asegurar la corona á Estanislao, por defender á los Polacos contra los injustos planes de la Rusia y del Austria; y para sostener aquellos grandes designios, envió algunos batallones á Polonia, como de contrabando y á manera de exploradores. Estanislao perdió completamente el tiempo. La verdadera guerra se hizo en Italia. Allí vemos figurar al lado de la Francia, la España y la Cerdeña. ¿Qué tenian que ver los españoles y los Italianos con la sucesion de la Polonia? Oigamos primeramente los manifiestos.

El rey de España censura enérgicamente «los terribles ultrajes y los procedimientos violentos que el emperador ha empleado en la loca esperanza de aniquilar la libertad de los Polacos, bajo el falso pretexto de conservarla.» Aparte de la hinchazon de la forma tiene mucha razon. Pero habia aún otro culpable mayor, la Rusia. Si se hubiera tenido el pensamiento serio de defender á los desgraciados Polacos, hubiera sido preciso batirse en Polonia y no en Italia. Continuemos. El manifiesto quiere hacernos miedo con una monarquía universal, mostrando «la ambicion del emperador que no reconoce límite, la córte de Viena aferrándose en un furor insaciabile de dominar por todas partes.» Estas acusaciones eran de fórmula cuando se declaraba la guerra al Austria. Jamas emperador alguno las mereció ménos que el pobre Carlos VI; toda su ambicion consistia en asegurar su herencia á su hija; es la ambicion de un buen padre, no el espíritu invasor de un conquistador. Habia un agravio que le llegaba más al alma á la reina de España: la inquieta Isabel Farnesio seguia reinando mientras Farinelli calmaba los augustos ardores de su esposo con cantos melodiosos. Su hijo D. Carlos estaba llamado á suceder al último de los Médicis; pero estando la Toscana declarada feudo del imperio, habia una multitud de formalidades que llenar; la reina vió en aquellas trabas intrigas forjadas en Viena contra los derechos del infante, siendo así que no eran más que puerilidades jurídicas de las que sabian inventar los jurisconsultos del sacro imperio romano. Hé aquí los graves motivos por los que la España se mezcló en la guerra de Polonia (1).

La Cerdeña estaba más interesada que la España en reprimir la excesiva ambicion del emperador: «Sabido es de toda Europa, dice, que la casa de Austria abusa hace mucho tiempo del grado exorbitante de poder á que ha llegado; no trata más que de engrandecerse á costa de los demas. Las cosas han llegado á tal punto, que toda Europa debe estar justamente alarmada de un poder tan enorme y del uso que el emperador hace de él, de modo que ha llegado el tiempo en que la prudencia de las principales potencias exige que tomen prontas medidas para formar por fin un

(1) ROUSSET, *Recopilacion de actas*, t. IX, p. 291 y sig.

justo equilibrio, único que puede fundar el reposo universal.» ¿No parece que Carlos VI era otro Luis XIV ú otro Carlos V? El equilibrio no era, como de costumbre, más que una palabra vacía de sentido. ¿Se había roto el equilibrio porque Estanislao no era rey de Polonia? Estas declamaciones serian simplemente ridículas si no fuera porque conducian á ensangrentar la Europa, bajo el pretexto de asegurar su tranquilidad. La Cerdeña dirigió al emperador censuras que tocaban más de cerca á los verdaderos motivos de la guerra de 1733 (1). «La corte de Viena quiere destruir la libertad de Italia y la independenciam de la Cerdeña. El emperador ha despojado al rey de la Sicilia, que le había sido concedida por el tratado de Utrecht; no ha cesado de perturbarle en sus derechos y de tratarle como á vasallo suyo; tiende á arruinar su soberanía, esperando ocasion de oprimirle.»

Tales eran los manifiestos. Pura mentira. Es positivo que la ambición de España y de Cerdeña era bastante más ávida que la de Carlos VI. La reina Isabel hubiese sido digna de inventar el proverbio de que lo que la mujer quiere, Dios lo quiere. Había llegado á hacer al infante D. Carlos duque de Toscana, de Parma y de Plasencia; pero tenía un segundo infante que colocar. La ocasion le pareció buena. Si se llegaba á arrojar á los Austriacos de Italia, el trono de Nápoles quedaba vacante; esta era una excelente colocacion para D. Carlos, que en ese caso cederia sus ducados á su hermano. En cuanto á la Saboya, su antigua política era arrancar un trozo de la Lombardía, en cuanto se presentase la ocasion. Tambien el Austria, preciso es confesarlo, se sentia llamada hácia Italia por un irresistible atractivo. Recordaba que era la heredera de los Césares, y consideraba siempre á la Italia como una dependencia del imperio. Roma misma no se libraba de estas pretensiones. Leemos en las instrucciones dadas en 1698 al mariscal de Villars, cuando fué de embajador á Viena, que el emperador no perdía ocasion alguna de establecer su autoridad, lo mismo en Roma que en toda la Italia (2). Por el mismo tiempo, el *Testamento político* del duque de Lorena ponía de manifiesto los

(1) ROUSSET, *Recopilacion de actas*, t. IX, p. 302 y sig.

(2) DE GARDEN, *Historia de los tratados de paz*, t. IV, p. 213.

designios de la casa de Austria, que por un singular acaso, se unió en el siglo siguiente á la casa de Lorena. Es un plan de invasion completo. Venecia, despojada poco á poco de sus posesiones de tierra firme, «quedará reducida á sus lagunas, y llegará á ser una república como Dantzick ó Ginebra. El Piamonte será una provincia austriaca, y la Saboya abandonada á los Suizos.» La parte más curiosa del *Testamento* es la que se refiere al papa. Cuando todos los príncipes de Italia queden reducidos al papel de gobernadores, los Estados del papa serán anexionados á Milan y á Nápoles, no dejando al santo padre más que la ciudad de Roma. Esto se hará, quiéralo ó no y á la fuerza. «Se recurrirá á profundos doctores para enseñar á los pueblos que las excomuniones de la Santa Sede no son más que una ilusion, cuando se trata de lo temporal, que Jesucristo no ha dado jamas á la Iglesia. Se dejará lo espiritual al papa, cuidando por lo demas de que esté á la devocion del emperador, como lo estaba en otro tiempo á la del rey de Francia, cuando residia en Aviñon» (1).

Los tratados de Utrecht dieron un principio de satisfaccion á estas ambiciones, y la cuádruple alianza acabó de poner la Italia bajo la dependencia del emperador. Segun un ministro frances, la Italia fué para los Austriacos lo que la Palestina para los judíos (2), la Tierra prometida. «Les daba, dice *Sismondi*, todo lo que necesitaban; riquezas agrícolas, industriales, puertos, todos los elementos de una marina, y lo que valia más aún, hombres de los que Austria produce rara vez, por su inteligencia y su genio» (3). Por esto mismo las demas potencias no estaban muy dispuestas á dejarle aquella hermosa presa. Bajo el punto de vista del interes, nada más legítimo que la alianza de 1733; es el primer convenio que se propone claramente arrojar á los Austriacos de Italia; el rey de Cerdeña y los infantes de España debian heredar sus despojos. Como los infantes eran semi-italianos por su

(1) M. D'HAUSSONVILLE ha probado la autenticidad del *Testamento*, y ha mostrado que había llegado á ser el programa de la política austriaca. (*Historia de la reunion de la Lorena á la Francia*, t. III.)

(2) Esta es la expresion del guarda-sellos en una carta al mariscal de Noailles. (PETITOT, t. LXXIII, p. 258.)

(3) SISMONDI, *Historia de los Franceses*, p. 388.

madre, y la Francia se comprometía á no conservar ninguna conquista en Italia, puede decirse que la alianza tendía á emancipar á la Italia de la dominacion extranjera. Pero si se considera este tratado bajo el punto de vista del derecho, preciso es condenarlo. Por la paz de Baden de 1714, el rey de Francia daba su palabra real «de no turbar ni inquietar jamas al emperador en la posesion del reino de Nápoles, del ducado de Milan, directa ni indirectamente bajo ningun pretexto, por ningun medio» (1). ¿Con qué derecho la Francia, faltando á este solemne compromiso, ofreció á la Cerdeña y á la España los Estados italianos del Austria? ¿Con qué derecho el tratado de Viena de 1738 dió la Toscana al duque de Lorena, en cambio de su ducado, que era cedido á la Francia? El gran duque de Toscana, último vástago de los Médicis, vivia aún, cuando se le dió por heredero al duque de Lorena, despues de haberle dado por sucesor al infante D. Carlos; solia preguntar si no se le daría un tercer heredero, y qué hijo nuevo trataban de hacerle el imperio y la Francia» (2). Allí donde habia un derecho, si se tienen en cuenta las pretensiones de los príncipes, éste no fué respetado; los ducados de Parma y de Plasencia que los derechos de la sangre daban á D. Carlos, hijo de una princesa de Parma, fueron cedidos al emperador.

No puede ni aún decirse que la Francia, que desempeña el papel principal, tanto en las negociaciones como en la guerra, haya querido formalmente la independencia de Italia. No era éste seguramente el pensamiento de Fleury, á quien Chauvelin, segun se dice, escamoteó la guerra, y que, por su parte, en cuanto pudo, escamoteó la paz. No hubiera tenido dificultad en arrojar á los Austriacos de Italia si hubiera querido proseguir la guerra. La España y la Cerdeña pensaban bastante más en su interes particular que en la libertad italiana. En fin, el tratado de paz no fué fiel á la idea que parecía haber inspirado la alianza de 1733. Si la casa de Austria perdió á Nápoles, ganó la Toscana, Parma y Plasencia. El reino de las Dos Sicilias fué dado al infante D. Carlos, y declarado revertible á la España. En definitiva, Italia continuó

(1) ROUSSET, *Recopilacion de actas*, t. I, p. 26.

(2) VOLTAIRE, *Siglo de Luis XV*, c. 4.

bajo el yugo extranjero; es una enseñanza para los pueblos: ¡que no cuenten con el apoyo de los príncipes, cuando se trate de asegurar su independencia! La Francia sacrificó á la Italia por adquirir la Lorena. Para ser justos, debemos añadir que el sentimiento nacional, que en nuestros dias se ha manifestado con tanto poder, no se habia despertado aún en el último siglo. Habia muchos movimientos insurreccionales, en Nápoles sobre todo, pero era aquello una agitacion sin objeto y sin moralidad. Como lo decia el ministro de Inglaterra en Nápoles, se queria cambiar de gobierno todas las semanas (1). No hay para los pueblos más que un medio de ser libres, y es conquistar por sí mismos su libertad y mostrarse dignos de conservarla.

### III.

Sin embargo, la idea de nacionalidad empezaba á germinar en el siglo XVIII. La política antigua era una política de invasion y de conquista; la que se presentaba con el nombre de equilibrio no tenía más objeto que garantizar los intereses de los príncipes contra los abusos de la fuerza. Nadie, ni aún los escritores á quienes se trató de utopistas, pensaba en asentar las relaciones internacionales sobre el único fundamento sólido, el derecho, que implica el respeto de las nacionalidades. Hay que exceptuar un hombre de Estado, un ministro de Luis XV. D'Argenson inauguró una política nueva. La expuso en una Memoria dirigida á su señor, y, ¡cosa notable! recibió su aprobacion (2). Hemos unido nuestra voz á la de la posteridad para censurar á aquel despreciable príncipe. La justicia exige que le tomemos en cuenta los pocos instantes en que seguía la inspiracion de un espíritu que parece haber sido justo y aún elevado. Dejemos la palabra á d'Argenson.

D'Argenson considera el espíritu de conquista como un resto de la antigua barbarie. En pocos siglos, dice, los príncipes perderán la ambicion de engrandecerse, «que, en definitiva, se vuel-

(1) SAINT-SIMON, *Memorias*, t. IX, p. 308.

(2) FLASSAN, *Historia de la diplomacia francesa*, t. V, p. 313 y sig.

ve contra ellos mismos.» Los conquistadores son los pleitistas de la sociedad civil. Todo el mundo evita su contacto y los rechaza. Las potencias se coaligan contra los príncipes ambiciosos. Si ensanchan sus fronteras con algunos cantones, los arruinan en el interior, y dejan á sus sucesores presa de su debilidad y de la invasión de los demas príncipes. La antigua barbárie no subsiste más que por la *injusticia de los deseos*; pero las artes han hecho tan grandes progresos en Europa, que la disciplina militar y la correspondencia política se oponen á la ejecucion de los deseos violentos y tiránicos. Conserve cada cual lo que posee; conténganse los grandes Estados por el órden exterior, pero que dejen de buscar el extenderse más.»

La Italia era en el siglo XVIII la manzana de la discordia; codiciada por el Austria y por la España, no tenía para resistir á sus empresas más que la casa de Saboya, que, demasiado débil por sí misma, tenía que apoyarse en sus aliados, para los cuales la independencia de Italia no era más que un pretexto de engrandecimiento. D'Argenson fué el primero que pidió sinceramente que se dejase la Italia á sí misma: «Es preciso echar fuera de ella al Austria y dar el ejemplo de no tener pretensiones sobre ella. Si algunos príncipes extranjeros gobiernan todavía en ella, háganse italianos por completo; que no puedan heredar en otra parte; ó que, si prefieren otras sucesiones que pudieran sobrevenirles, abandonen los Estados que posean en Italia á sucesores determinados. Que sea esta la ley fundamental de toda dominacion en Italia.» Para conservar la libertad de la península en el porvenir, d'Argenson proponia constituir los Estados italianos en una república federativa. Decia muy bien que era preciso renunciar á establecer un perfecto equilibrio entre los diversos príncipes ó ciudades que se dividian la Italia; que la igualdad perfecta era imposible, lo mismo entre las potencias que entre los hombres, porque habrá siempre la desigualdad del talento y de la actividad en el mundo. De aquí deducia que habia que contentarse con la igualdad de derecho y tratar de asegurarla. La asociacion ofrecia esta garantía: la menor república, el más pequeño feudo, serian libres lo mismo que las más grandes potencias. Para realizar este proyecto era preciso empezar por lanzar á los Austriacos de Italia. La campaña de 1733 pro-

baba que esto era fácil. Más difícil era satisfacer todas las ambiciones que despertaria la reparticion de las posesiones austriacas. Esta parte del plan de d'Argenson era la obra de Luis XV. Aquel príncipe era aficionado á la geografía; se aprovechó de sus conocimientos topográficos para hacer una distribucion tan previsora como generosa de la Italia entre los príncipes italianos.

D'Argenson no pronunció la palabra nacionalidad; pero, excluyendo toda dominacion extranjera de la Italia, aseguraba su libertad y su independencia, lo cual era fundar la nacionalidad italiana. No podia pensarse en la unidad, poniendo toda la Italia en manos de un solo príncipe; la obra de la unidad italiana no podia proceder más que de la nacion misma. Habia otro pueblo cuyo destino preocupaba á los hombres políticos desde mediados del último siglo. La guerra de 1733 habia sido encendida por la sucesion al trono de Polonia. Con razon habian censurado la Francia, la España y la Cerdeña en sus manifiestos la tortuosa y pérvida política del Austria, que, so color de asegurar la libertad de la Polonia, destruia su independencia. La Rusia era todavía más culpable que el emperador. Si habia impuesto á los Polacos un príncipe escogido por ella, no era seguramente en interes de la Polonia. ¿Pero cómo sustraer la república á esta fatal influencia? No habia más que un medio de ponerle un fin, fundar una dinastía hereditaria, lo cual hubiera producido un cambio en la constitucion anárquica de la Polonia. D'Argenson concibió esta idea (1). Desgraciadamente las intrigas de la córte le quitaron el poder. Luis XV no era hombre que pudiera regenerar la política europea. Indiferente áun á los destinos de la Francia, ¿qué le importaban los de Europa? Si tomó parte en las grandes guerras que llenan el siglo XVIII, fué cediendo á móviles demasiado despreciables en su origen, para que de ellos pudiera salir algo grandioso.

(1) FLASSAN, *Historia de la diplomacia francesa*, t. v, p. 296.